

¿Está (de nuevo) la historia en pañales? Consideraciones a propósito de una lectura crítica de la novela *Soldados de Salamina*¹

Jordi Font i Agulló

La Historia y su método crítico para acercarse a la verdad

En plena II guerra mundial, entre la resignación ante la que ha sido una de las derrotas militares más vergonzosas registradas en la historia contemporánea de Francia y su paso a la resistencia contra la invasión nazi, Marc Bloch escribió que la Historia era aún una ciencia que estaba en pañales. Esta afirmación, en principio tan drástica, aparecía en la apasionante apología del oficio de historiador que el brillante intelectual dejó inacabada². Según su opinión esta debilidad epistemológica tenía su origen en la evidencia de que la Historia tenía como principal objeto de estudio los sucesos que eran causa o consecuencia de las actuaciones del espíritu humano. La aproximación racional al terreno a los hechos del pasado se encontraba, según el historiador francés, en un proceso formativo. Pese a la autocrítica a la que se sometía, como es sabido, desde hacía más de una década, Marc Bloch y Lucien Febvre, con la fundación de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, habían marcado un camino determinante en lo que concierne a los progresos “científicos” de los estudios históricos. Tomamos con precaución la terminología que hace referencia a la ciencia, sin embargo, tal como suscribe Antoine Prost³, esto no significa que la materia de la Historia sea una cuestión de opinión. Todo lo contrario, los historiadores que conocen su oficio se esfuerzan con el fin de impulsar un método crítico basado en la comprensión, el rigor y la experiencia.

Volviendo a la década de los años treinta, no se puede dejar de señalar la relevancia de la obra de la pareja fundadora de *Annales* que, sin duda, había contribuido de manera decisiva a situar a la Historia en el mundo académico como una disciplina de prestigio. Corresponde decir también que, a pesar de su llamamiento un tanto alarmista, Marc Bloch, en el fondo, pretendía encaminar los estudios del pasado hacia la consecución de un estatus comparable al de la ciencia. Cosa que no suponía que estuviera cayendo en la ingenuidad de un positivismo de poca monta. Su categoría intelectual le permitía conocer los cambios experimentados, en aquellas fechas en que llevaba a cabo sus reflexiones, en el núcleo de la física y las matemáticas. Las teorías cuánticas habían puesto la probabilidad por encima de la certeza y, por lo tanto, no era un despropósito referirse al examen del pasado como una actividad similar a la ciencia, evidentemente no

¹ En recuerdo de Pascual Señor, oficial del Ejército Popular de la II República y resistente antifascista en la Francia ocupada. De este artículo existe una versión en catalán en FONT I AGULLÓ, Jordi, “La Història (de nou) a les beceroles? El fenomen sociocultural de *Soldados de Salamina*”, *Desafectos* (septiembre 2003), www.historiacritica.org.

² BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador* (edición crítica preparada por Étienne Bloch), México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1996.

³ PROST, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra-Frónesis, 2001, p. 162.

como una ciencia exacta, sino como una ciencia social. Al fin y al cabo, la Historia de los hombres, como no podía ser de otra manera de acuerdo a la naturaleza humana, conforma un gran escenario gobernado por las contingencias y la incertidumbre. La aspiración de alcanzar este cientificismo *sui generis* no constituía una estupidez, ya que el propósito no era llegar a la constatación de unas leyes inmutables que imperarían en las sociedades, sino que planteaba un trabajo marcado por el rigor y el asentamiento sobre la base de la persecución continua de una verdad incompleta, siempre sujeta a la crítica y la renovación.

En consecuencia, llegamos a la conclusión de que para los historiadores responsables hace bastante tiempo que el deseo de conseguir una verdad absoluta no ha ocupado —ni ocupa— un lugar importante entre sus intereses principales. No obstante, esta actitud tampoco ha conllevado el abandono del sendero que nos tiene que acercar a la verdad. En este sentido, sólo hay que asomarse a las cuatro décadas que siguieron a la trágica muerte de Marc Bloch, para confirmar que el estudio de la Historia llegó a un gran nivel de sofisticación en lo que se refiere a los mecanismos y técnicas de contraste de las fuentes del pasado. A modo de ejemplo y generalizando mucho, podemos afirmar sin temor que las aportaciones de los continuadores de los *Annales* en Francia —con todas sus variantes—, de la rica heterodoxia de los historiadores marxistas británicos —que fertilizó positivamente la historia social— y los avances experimentados por la historia económica y social norteamericana y alemana constituyen hitos indiscutibles en el campo de la historiografía del siglo XX⁴. Durante aquellos años posteriores a la gran conflagración internacional, la Historia como disciplina académica había adquirido una reputación y una credibilidad entre los circuitos culturales más prestigiosos y, además, disfrutaba de una presencia relevante en la opinión pública.

El cerco posmoderno y la literaturización de la Historia

Con la breve digresión anterior tan sólo se ha pretendido mostrar que entre los historiadores sensatos (obviamente, entiéndase a lo largo del texto, también las historiadoras) la verdad siempre ha sido considerada como algo que se puede perfeccionar y, por lo tanto, dependiente de una multiplicidad de matices. Naturalmente, este trabajo de búsqueda de la verdad actúa a diferentes niveles y obtiene en algunos casos resultados incontestables, tanto en el terreno de las ciencias físicas como en el de las llamadas ciencias sociales. Este gradualismo constituye un aspecto indiscutible. Por ejemplo, a estas alturas, a nadie que esté en sus cabales se le ocurrirá negar la existencia de la ley de la gravedad, como tampoco —si se trabaja honradamente— se puede poner en tela de juicio que Franco fue uno de los principales inductores de la guerra civil. Sin embargo, al margen de cuestiones irrefutables —siempre que no se dé un improbable giro copernicano— como las citadas, en las dos últimas décadas el campo de la Historia ha experimentado una invasión de escepticismo, producto del sitio a que ha estado sometida por la diversidad de discursos de aquello que en general se denomina posmodernidad. Si bien hay que reconocer que las perspectivas aportadas por los *Cultural Studies*, la teoría poscolonial o, en general, las filosofías denominadas “post” han contribuido,

⁴ Para una mayor comprensión de la significación del desarrollo historiográfico que tuvo lugar en el siglo XX en el mundo occidental y de su influencia en los departamentos universitarios hispánicos, véase CASANOVA, Julián, “El secano español revisitado”, introducción a la obra del mismo autor, *La Historia social y los historiadores* (nueva edición actualizada), Barcelona, Crítica, 2003, pp. 7-35.

como señala el sociólogo Eduardo Grüner⁵, a desbrozar el camino de los excesos esencialistas, reduccionistas y abusivamente totalizadores del pensamiento modernista clásico o del marxismo de carácter más mecanicista, tampoco debe olvidarse que este contexto cultural convulso ha comportado al mismo tiempo una pérdida en absoluto despreciable. Nos estamos refiriendo a la merma que ha sufrido la radicalidad crítica implícita en muchos de los grandes contrarrelatos de la modernidad que perdieron visibilidad social y política en el último tercio del pasado siglo.

Esta crisis se ha traducido fundamentalmente en la incapacidad de tejer un pensamiento crítico con ambición totalizadora⁶ (que no debe confundirse con totalitaria) y sentido histórico a causa de la presión que ejerce la fascinación por el fragmento y la discontinuidad. Es más, tal y como nos indica Josep Fontana⁷, las dificultades ante el vuelco posmoderno se convierten en algo irresoluble desde el momento en que la mayoría de los pensadores posmodernos se muestran reticentes a dar cualquier paso dirigido a la comprensión del pasado. Frente a posturas de este tipo, que para nada invitan al diálogo, el historiador inteligente —de acuerdo con lo que nos dice Josep Fontana— debe optar por el aprovechamiento de algunas de las aportaciones teóricas de la posmodernidad. Sin duda, pueden desempeñar el papel de herramientas que ayuden a corregir errores de visión, a profundizar en el rigor de los análisis de los textos o, incluso, a que el estudioso de la Historia sea consciente de que sus condicionantes personales influyen en los resultados de su trabajo. Consiguientemente, no son nimiedades que puedan soslayarse.

Pese a que cerrar los ojos para evitar ver los cambios ocurridos en las tres últimas décadas en el ámbito de las humanidades sería como mínimo sinónimo de cometer un pecado venial, tampoco deben subestimarse los efectos negativos —mucho más trascendentes— que ha conllevado la irrupción del posmodernismo. A grandes rasgos, las corrientes posmodernas, al propugnar un combate sin cuartel contra la racionalidad ilustrada, han perturbado a los estudios históricos en el sentido de que asientan la pieza medular de su discurso en poner en duda el valor de realidad y que, sobre todo, en su versión más vulgar, mantienen una obstinación enfermiza en mostrar la verdad como algo inefable. A raíz de estos planteamientos, se suele llegar a la conclusión de que la comprensión es un camino inútil y se tiende a la sublimación vacía de las palabras. De esta manera, en lo que se refiere a los casos más extremos de violencia, como por ejemplo el Holocausto del pueblo judío, cualquier intento de explicación y razonamiento es sospechoso de posible justificación y, en consecuencia, la única vía que se considera válida es la aproximación moral a categorías abstractas del tipo del “mal absoluto” o el “poder”, tratados como unos entes indescifrables. Nada completamente nuevo, pero que postulado desde la radicalidad neoplatónica del posestructuralismo ha desgastado de manera peligrosa la persecución de la cientificidad tal como la entienden los historiadores: es decir, indisoluble de la comprensibilidad. En resumidas cuentas, hemos asistido a una literaturización de la Historia. Concretamente, esto significa que lo que describe y explica el historiador sería un texto cerrado, fruto de su capacidad para narrar y la verdad tendría que asociarse con aquello que en el campo de la literatura se conoce como verosimilitud. Una presunción de este tipo significa

⁵ GRÜNER, Eduardo, *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 283.

⁶ *Ibidem*.

⁷ FONTANA, Josep, *La història dels homes*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 301-318.

que la verificación de las fuentes y los vínculos con los referentes de la realidad pasarían a un segundo plano y el valor realmente importante sería el don narrativo.

Si bien constituye una obviedad que el historiador organiza los materiales de su investigación en lo que denominaríamos una estructura construida por él, en la que se propone plasmar una forma comprensible y creíble de comunicar los resultados obtenidos, también constituye una certeza que las fuentes utilizadas están siempre subordinadas al principio de la comprobación⁸. El investigador serio sabe que debe orientar la imaginación al servicio del establecimiento de un sistema interpretativo y conceptual. Algo muy diferente de la creación de efectos dramáticos que busquen captar la emotividad del lector. Sin embargo, el predominio de discursos filosóficos que insisten en cuestionar la posibilidad de interpretación de lo real ha comportado que la Historia sea percibida como una disciplina al margen de cualquier valor de racionalidad científica, por muy *sui generis* que sea⁹. Nos encontramos en un callejón oscuro, algo que se asemeja a un viraje hacia un estadio anterior a la Ilustración.

Un gran número de historiadores ha continuado con su cometido consiguiendo buenos resultados y no prestando demasiada atención a estos asuntos. No obstante el ámbito de los estudios históricos no ha permanecido indemne ante las transformaciones acontecidas en el vasto campo cultural; todo lo contrario, ya que estamos siendo espectadores de la consolidación de dos fenómenos notables. Por un lado, en los círculos universitarios el historiador ha ido perdiendo, por decirlo de manera sencilla —que no debe interpretarse como una defensa corporativista— autoridad intelectual en favor del crítico literario, del crítico de arte, del filósofo y, especialmente, del crítico cultural; en resumen, de aquellos que aseguran propugnar una aproximación interdisciplinar a los “productos” culturales. No deja de ser paradójico que este giro culturalista, que invocó y continua invocando el culto a la hibridación¹⁰, haya acabado situando a la Historia en la franja más baja de la “tabla de clasificación” de las humanidades, cuando a lo largo del siglo pasado ésta había sido la rama del saber humanístico interdisciplinar casi por antonomasia: Basta pensar en el diálogo constante que ha establecido con la economía, la sociología y la antropología. En un segundo término —y éste sería también un factor altamente determinante— en el mundo de la comunicación y la edición han proliferado las publicaciones que abogan por una Historia narrativa —en el sentido literal de la palabra— y con un pronunciado cariz neopositivista, por razones mercantiles que no dejan de ser también, al fin y al cabo, ideológicas¹¹.

⁸ BURDIEL, Isabel, “Historia y literatura: el zumbido y el murmullo de la cultura”, *Debats*, 27, 1989, pp. 4-7.

⁹ SARAMAGO, José, “La Historia como ficción, la ficción como historia”, *Debats*, 27, 1989, pp. 8-12.

¹⁰ Cabe señalar que desde la segunda mitad de la década de los noventa han aparecido —sobre todo en las universidades de los mal llamados países del Tercer Mundo— algunas voces críticas que apuestan por una superación del deconstruccionismo y otras variantes posestructuralistas tan predominantes en los estudios culturales, y por una recuperación del sentido histórico a partir de una teoría crítica basada en un marxismo complejo del que serían precursores autores, muy diversos entre ellos, como Raymond Williams, E. P. Thompson, Fredric Jameson, Terry Eagleton, Slavov Zizek o Aijaz Ahmad. Para más información véase GRÜNER, Eduardo, *op. cit.*

¹¹ Pierre Bourdieu sostiene que la tendencia de los medios de comunicación a celebrar productos comerciales destinados a acabar en sus listas de *best-sellers*, junto a la intromisión exitosa de los escritores periodistas y los periodistas escritores, supone que los jóvenes autores —y no sólo jóvenes añadiríamos— ya sean poetas, novelistas, sociólogos o historiadores, que publican en tirajes de 300

Este fenómeno también se ha hecho visible de manera notoria con la aparición y refuerzo en el ámbito editorial, tanto en lengua catalana como castellana, de revistas que, bajo la bandera de la voluntad para divulgar la Historia, dedican una cantidad ingente de sus páginas a la muestra de las épocas pretéritas como si fuesen un depósito lleno de anécdotas y curiosidades. Sin duda, nos encontramos ante el despojamiento de cualquier aparato crítico que pueda —supuestamente— complicar la vida al lector de libros que traten temas de otros tiempos, en particular si se deduce de él alguna resonancia que lo vincule con el marxismo. Como señala E.J. Hobsbawm en su reciente autobiografía¹², todo parece apuntar a que a finales del siglo XX el modo analítico fue abandonado a favor del descriptivo.

Probablemente, en un momento como el actual, que se caracteriza por la falta de perspectivas de futuro —si no son en forma de un futuro que no sea sino el presente que conocemos— y que se distingue por este espíritu conmemorativo y la mirada nostálgica del pasado, se lean más libros de Historia que en ningún otro período de la humanidad. La abundancia de títulos publicados parece confirmarlo. Pero lo más significativo es que, al lado de este hipotético aumento del número de lectores, se registra una tendencia regresiva en cuanto a la difusión de trabajos en los que prevalezca el rigor “científico”, la mirada crítica hacia el pasado y, ya no digamos, aquello que alguna vez tuvo que ver con la práctica de una Historia radical capaz de contribuir al cambio social¹³. Desde 1989 se ha impuesto la propensión a percibir los acontecimientos históricos desde una posición poshistórica, teóricamente alejada de implicaciones políticas en el presente. O sea, el pasado sólo tendría interés por sí mismo y de ninguna manera se proyectaría sobre la actualidad. Por consiguiente, su utilidad para iniciarnos en un conocimiento razonado y crítico del mundo de nuestros días sería muy escasa. Al fin y al cabo, este punto de vista comporta una mirada tan sesgada como la pretensión de hacernos creer que la época en que vivimos está desvinculada de la Historia y que, consecuentemente, nos encontramos en una etapa póstuma con un final feliz, el abrazo del libre mercado capitalista con la democracia liberal¹⁴.

Este horizonte, determinado por la hegemonía de los valores impulsados por el capitalismo de última generación, se distinguiría por la convergencia en su seno de tres elementos que definirían el paisaje cultural. Si los imaginásemos dispuestos en un cuadro, observaríamos un fondo que, a causa de su lejanía, se manifiesta como poco perceptible y comprensible: el lugar perfecto para situar el pasado (la Historia). Esta distancia sería insalvable para cualquier empresa que se propusiera una hipotética reconstrucción fidedigna con el fin de llegar a un cierto nivel de verdad. Estaríamos ante un terreno idóneo para la leyenda y la recreación literaria; un pozo de profundidad infinita al que el filósofo podría recurrir para ejemplificar sus abstracciones. Como contraposición a esta línea difusa del fondo, en la sección inferior del cuadro se alojarían todos aquellos signos de inadaptación a las

ejemplares, tendrán cada vez más dificultades para publicar. BOURDIEU, Pierre, *Sobre la televisión*, Barcelona, Edicions 62, 1997, p. 67.

¹² HOBBSAWM, Eric J., *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹³ Como subraya Geoff Eley en el prólogo de su último libro, las revoluciones ya no gozan de buena prensa y el decenio que ha seguido a 1989 se ha caracterizado por la disminución del espacio para imaginar alternativas. Tal vez el rebrote de los movimientos antisistémicos contrarios a la mundialización del capitalismo sean un signo de cambio de tendencia. ELEY, Geoff, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. XVII-XXV.

¹⁴ NIETHAMMER, Lutz, “Reflexions sobre la posthistória”, *L'Espill*, 8-9, 2001, pp. 100-120.

convenciones marcadas por la receta mágica que combina democracia y mercado. En definitiva, se trataría de un paraje en el que coincidirían desde trabajadores desempleados o con contratos precarios a países enteros señalados por la violencia, el fanatismo religioso, la exclusión, el subdesarrollo económico y la pobreza. Constituiría un gran receptáculo donde irían a parar todos estos supuestos residuos, que estarían tanto fuera de la Historia como de la Poshistoria. Este último estadio temporal, que sería el actualmente dominante en el Primer mundo, se situaría en el centro del cuadro. Desde una especie de atalaya-fortaleza, que albergaría los hipotéticos principios inmutables de la democracia de mercado atlántica, los triunfadores poshistóricos observarían, con suficiencia y desentendiéndose —hipotéticamente— de cualquier connotación política, el resto del cuadro.

***Soldados de Salamina* en el paisaje poshistórico**

Esta evocación de un cuadro imaginario tiene, sin duda, una correspondencia con el *Zeitgeist* que distingue la época actual y, por consiguiente, nos ha sido útil para establecer unas coordenadas que nos orienten en nuestro desplazamiento por el contexto en el que pensamos que debe situarse el fenómeno sociocultural que ha despertado la novela *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, inmediatamente después de su publicación hace dos años¹⁵. Sin la existencia de este horizonte cultural sería inexplicable el éxito social de una novela que tiene como trasfondo la guerra civil y el franquismo.

Normalmente, entre un segmento considerable de la crítica literaria actual, lo que cobra importancia en una obra es el grado en que ésta se ha acercado a la “verdad literaria”. Si nos ceñimos a la mayoría de lo que se ha escrito en torno a *Soldados de Salamina*, parece que la “verdad literaria” que contiene la escritura de Javier Cercas es indiscutible. La consecución de esta verdad se debe entre otras cosas a las virtudes formales de la obra. Precizando un poco más, según esta opinión, estas cualidades posibilitan que lo que se nos narra en la novela logre, a ojos del lector-crítico, una gran verosimilitud. Por lo tanto, la verdad dependería de la habilidad del escritor para servirse de estrategias de escritura capaces de ofrecer y mejorar los efectos de veracidad. No negamos que los recursos de ficción, en novelas en las que se mezcla claramente lo real con lo ficticio, posean la capacidad para potenciar el sentido de realidad y, de esta manera, hacer más accesible el camino hacia la verdad¹⁶.

En el caso de *Soldados de Salamina*, esto podría ser válido si se restringiese a aquello que afecta al texto, a las virtudes formales de la obra. Pero está claro que existe lo exterior al texto, por más que les pese a los adalides del posmodernismo. La enorme repercusión mediática de *Soldados de Salamina* no se explica sólo porque el escritor Javier Cercas haya logrado probadamente la convicción literaria. Las motivaciones van mucho más allá, ya que este éxito parece sustentarse en la transmutación —apoyada y creada por los grandes medios de opinión— de la verdad literaria en una verdad histórica paradójicamente monocorde e indiscutible, que se acopla muy bien al clima político-cultural hegemónico. Por esta razón, pensamos que

¹⁵ CERCAS, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001.

¹⁶ Sobre la complejidad que implica mezclar lo real con lo ficticio en el arte de la novela resulta muy aleccionador el epílogo que, en forma de nota de autor, Norman Mailer incluye en su magistral e inmensa novela que recorre la historia de la CIA en paralelo a varios capítulos de la Guerra Fría. MAILER, Norman, *El fantasma de Harlot*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992, pp. 1217-1222.

es necesario subrayar que este “relato real” —así es como Javier Cercas califica su obra— se inscribe en este contexto cultural poshistórico al cual nos hemos referido. En efecto, la novela, a pesar de que algunos insisten en verla como un texto cerrado en sí mismo, surge de un espacio y un tiempo determinados y, lo que tiene más relevancia, ha tenido un eco nada desdeñable a nivel nacional e internacional en lo que respecta a la percepción de la guerra civil y el franquismo.

Nuestra intención no es valorar si el autor, Javier Cercas, escribe o no una prosa de “todo a cien”, porque se trata de un escritor de pocos recursos —como cruelmente afirmaba Gregorio Morán en el diario *La Vanguardia*¹⁷— o porque, haciendo un uso consciente de una estrategia narrativa, con esa forma de escritura, que no le gusta a Gregorio Morán, lo que está haciendo es informar indirectamente al lector sobre algunos de los rasgos distintivos de la personalidad del protagonista-narrador de la novela. Las interioridades formales de la obra no son banales, pero, como hemos señalado, nuestro interés radica en argüir como esta novela tiene claras conexiones con el horizonte cultural mediatizado por esta mistificación posmoderna denominada Poshistoria.

A lo largo de la novela —estructurada como un *work in progress*— planea el fantasma de una imposibilidad. En concreto, se advierte entre bastidores una reflexión sobre las dificultades que acarrea la escritura¹⁸. Pero, simultáneamente, estos contratiempos parecen agravarse porque el objeto sobre el cual pretende construir su relato el Cercas-narrador (no debe confundirse con el autor real) es un acontecimiento controvertido del pasado, ocurrido durante la guerra civil. En el fondo, el protagonista asegura que su propósito es llevar a cabo una investigación —entre periodística e histórica— en torno a un aspecto marginal de la guerra civil como fue el fusilamiento frustrado del líder falangista, Rafael Sánchez Mazas, en el santuario del Collell, habilitado como cárcel a finales de enero de 1939. No obstante, en su propósito hay algo esencial: la creencia de que este suceso atípico y residual, en cierta forma, puede ayudarle a descubrir claves —sobre todo de tipo moral— para entender el conflicto bélico. De hecho, esta estrategia investigadora —con muchas similitudes, quizás casuales, con los métodos de la microhistoria italiana— le sirve para centrar quirúrgicamente su atención en el interior de la mirada compasiva que el miliciano dirige sobre Sánchez Mazas cuando lo descubre escondido y muerto de miedo en medio de la vegetación del bosque, después de haber protagonizado una fuga desesperada sin rumbo alguno. En esta peripécia figura que el soldado republicano, según lo que explicó *a posteriori* el jerarca falangista, lo había librado de una muerte segura al no delatarlo y permitir su fuga.

El resto de la pequeña historia se desarrolla a partir del encuentro accidental, en el bosque, de Sánchez Mazas con tres desertores del bando republicano, que eran de la comarca, y del auxilio que recibió el primero de unos campesinos de la zona. Para el Cercas-narrador —y naturalmente también para el Cercas-autor— aquella serie de encuentros fortuitos en la frondosidad del bosque son útiles para revelar, a título de ejemplo, que incluso los momentos más cruentos de una contienda civil alojan los valores humanos más nobles como la amistad, la compasión, la solidaridad y el perdón. A modo de agradecimiento, parece que Sánchez Mazas prometió a sus salvadores y protectores (los amigos del bosque) que escribiría un libro, con el título de *Soldados de Salamina*, destinado a inmortalizar

¹⁷ MORÁN, Gregorio, “Soldadito de plomo en Salamina”, *La Vanguardia*, 29-III-2003.

¹⁸ IBÁÑEZ FANÉS, Jordi, “Ire ad plures. Soldados de Salamina”, *El Viejo Topo*, 179, 2003, pp. 72-77.

aquellos días de sufrimiento en las montañas que cercan la comarca del Pla de l'Estany (Banyoles). Como el cofundador de Falange Española no cumplió su promesa, el Cercas-narrador escribe este libro para rescatar del olvido a aquellos actores secundarios de la Historia y, además, insiste en que el estudio de aquellos sucesos marginales no es baladí, ya que contienen algo fundamental para entender la conflagración bélica.

Norman Mailer, un escritor que sabe de qué está hablando cuando se refiere a la construcción de relatos reales o novelas de no ficción, afirma:

«escribir la historia íntima de un acontecimiento en la que se hace recaer el protagonismo sobre una figura no central en tal acontecimiento, es dar lugar de inmediato a interrogantes acerca de la competencia del historiador. O, ciertamente, de la honestidad de sus motivaciones. La figura elegida resultará quizá más conveniente a sus intereses que crucial para la historia»¹⁹

Ciertamente, el narrador Javier Cercas se propone, a partir de un acontecimiento no central, llegar a las intimidades más inextricables de la guerra civil. Si nos constreñimos a este objetivo, constituye una obviedad que la novela tiene un desenlace próximo al fracaso. En principio, esto no debería preocuparnos en exceso —es posible que tampoco al autor—, puesto que los hechos históricos están aquí al servicio de la elaboración de un relato en que sobresale la reflexión acerca de los problemas inherentes a la actividad creadora del escritor.

La novela es un género que se caracteriza por la vampirización del resto de los géneros literarios y, en especial, también de todas aquellas expresiones narrativas que se consideran no ficcionales, como podría ser el caso de la escritura de la Historia. Con todo, los datos históricos que nutren el relato de Javier Cercas son delicados o, al menos, lo son debido a la forma en que se procesan a lo largo del texto. Basta con fijarse en las ambigüedades que pueblan la novela. ¿Quiénes son los héroes, Sánchez Mazas, los amigos del bosque o el miliciano? En las partes primera y segunda de la novela, mientras se plantea, entre otras cosas, una cadena de interrogantes acerca de la pertinencia de valorar literariamente, en una operación de justicia histórica, a los escritores falangistas, se vislumbra un trasfondo del que podemos distinguir una humanización del cofundador de Falange. En otras palabras, a pesar de sus responsabilidades indudables en la confección de un programa de odio hacia la democracia y los movimientos emancipadores de la izquierda, uno de los legitimadores ideológicos de la sublevación militar del 18 de julio también tendría derecho a que fuera mostrado su rostro más humano. En este sentido, el calvario del Collell y la amistad que establece con los soldados evadidos aproximan a Sánchez Mazas a la categoría de héroe. Después, el curso de la novela hace que en el capítulo final pierda esta condición en beneficio de Miralles, héroe estereotipado de la libertad y la democracia. ¿Por qué se dan todos estos juegos ambivalentes?²⁰ A veces parece que el acertado juego de palabras “fascismo fascinante”, que en su día formuló Susan Sontag, tenga acomodo en algunos fragmentos del relato.

Verdaderamente, las ambivalencias y los juegos en torno a la percepción del lector se hacen presentes en muchos niveles y fases de la novela, desde la

¹⁹ MAILER, Norman, *Los ejércitos de la noche. La Historia como Novela. La Novela como Historia*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 69 (1ª ed., 1968).

²⁰ ANTÓN, Eva, “Soldados de Salamina. Guerra y sexismo: otro ejemplo narrativo de la reacción patriarcal”, www.nodo50.org/mujeresred/cultura/soldados_de_salamina.html.

confusión que se llega a crear entre personajes reales y ficticios hasta a una visión del falangismo que oscila entre el romanticismo aristocratizante y la crítica encarnizada, pasando por el machismo que caracteriza y domina la relación del Cercas-narrador con su novia, Conchi. Respecto a este asunto, seguramente, constituye una desproporción atribuir al autor, como se hace desde algunas perspectivas críticas de género²¹, el machismo que exhibe el Cercas-narrador que habla en primera persona. Sin embargo, incluso aceptando que estamos ante estrategias ficcionales aplicadas a un texto con el fin de lograr un grado convincente de realidad, *Soldados de Salamina* no puede ser recibida como una obra de arte estrictamente autónoma. Y es que el gran éxito de público obtenido por la novela tiene mucho que ver con el modo en que el autor utiliza el material histórico y, muy especialmente, con la interpretación que se proyecta de la guerra civil. Raymond Williams advertía de la relevancia de observar en una obra literaria qué se dice, cómo se dice y desde dónde se dice²². Ninguna creación artística puede analizarse sin prestar importancia al contexto en el que se ha producido. Por lo tanto es una obligación llevar a cabo una doble lectura de lo que el autor de la novela se esfuerza en señalar. En concreto, nos estamos refiriendo a su insistencia en puntualizar que ha confeccionado un relato real cosido a la realidad. Una afirmación que debe considerarse parcial y que se tendría que complementar. En este sentido, hay que añadir que la costura de Javier Cercas se aproxima mucho menos a la realidad histórica que a la realidad de los tiempos en que vivimos, gobernada por los cantos de cisne poshistóricos, que han proclamado que la escritura de la Historia es una forma más de narrativa de ficción. De aquí, pensamos, proviene su gran aceptación popular, puesto que la novela, con mucha probabilidad, ha sido leída por la inmensa mayoría del público lector como si se tratase de un libro de Historia y, por este motivo, creemos pertinente resaltar el discutible uso que hace el autor de las fuentes históricas en las cuales fundamenta su novela. A primera vista —pese a los elogios emitidos por la crítica, quizás derivados de la celebración del tema que queremos exponer— lo que percibimos es que el libro de Javier Cercas ha favorecido el afianzamiento de unas pautas sociales —demasiado extendidas en todos los circuitos culturales del Estado español— que, a la hora de ofrecer una visión de la guerra civil y el franquismo, se acercan a lo que, en otros países que han sufrido la opresión del fascismo, se conoce como revisionismo. Posiblemente, esto ha sucedido sin que el autor tan siquiera se lo haya propuesto.

Memoria antifascista, mitos revisionistas y referencialidad histórica

Un síntoma de la lógica cultural que impera en sociedades en las que predomina el sentimiento poshistórico es, sin duda, el revisionismo. En la práctica, el revisionismo histórico ha disfrutado —hasta este momento, puesto que no deben subestimarse los efectos de lo que vulgarmente se denomina la segunda transición aznariana— de un escaso margen en las diferentes historiografías del Estado que tienen como objeto de estudio la guerra civil y el franquismo²³. En otros países, con un pasado tanto o más agitado que el nuestro, como es el caso de Alemania²⁴, desde la década de los ochenta el revisionismo en el campo de la Historia reciente goza de

²¹ *Ibidem*.

²² Citado por BURDIEL, Isabel, *op. cit.*, p. 5.

²³ Sobre este asunto resulta muy sugerente la reseña de *Soldados de Salamina* realizada por LLURÓ, Josep M., "Ficció per a la liquidació", *L'Avenç*, 265, 2002, pp. 76-78.

²⁴ BOLOGNA, Sergio, *Nazismo y clase obrera (1933-1993)*, Madrid, Akal, 1999, p. 45.

una gran visibilidad social. Normalmente sus ideólogos no suelen ser neonazis, sino historiadores que dicen pertenecer a una tradición liberal-demócrata o, incluso, socialdemócrata. Su principal signo distintivo es que estos autores afirman estar situados en una posición centrada en relación a la extrema derecha, por un lado, y a las posturas defendidas desde la izquierda, en general comunista y que suele recibir el calificativo de totalitaria, por otro. En esta docta, pero básicamente política maniobra, la consecuencia más visible ha sido que se ha desvirtuado la memoria histórica del nacionalsocialismo nacida durante la lucha antifascista.

En el Estado español, esta operación historiográfica montada con el fin de conseguir una relativización de la legitimidad histórica de la memoria antifranquista —excepto algunos casos aislados— no ha sido impulsada desde los departamentos universitarios de Historia contemporánea. La peculiaridad española reside en que los efectos del revisionismo histórico se fueron filtrando en el seno de la sociedad desde las altas esferas políticas del tardofranquismo y, también, en que la búsqueda de este supuesto punto medio fue una de las cartas de presentación de la clase política que encabezó el proceso conocido como la transición a la democracia. Por el contrario, en las dos últimas décadas la tarea ejemplar a que se han dedicado muchos historiadores ha consistido en combatir con el rigor y la crítica la mitología de la guerra civil y de la propia dictadura propagada por el franquismo con un éxito notable en sus casi 40 años de existencia. No ha sido fácil, y sólo recientemente empiezan a tener una resonancia pública los frutos de este trabajo orientado a la comprensión del pasado inmediato.

Sin embargo, a pesar de la tarea encomiable de los especialistas en la Historia, el rastro del discurso oficial tardofranquista que, en nombre de la reconciliación nacional, equiparaba confusamente a los dos bandos enfrentados por lo que respecta a las responsabilidades del conflicto, goza todavía en la actualidad de una enorme fuerza en el ámbito social. Indudablemente, dicho discurso capitalizó la visión del pasado durante la transición²⁵. Una muestra bien elocuente es la fortuna de que gozó el tópico de “todos tuvimos la culpa” en los años revueltos de la liquidación del franquismo. Teniendo en cuenta las amenazas reales contra la estabilización de la democracia, puede entenderse, hasta cierto punto, que se impusiera en aquel momento esa tergiversación del pasado. Lo que resulta más difícil de aceptar es la pervivencia de los residuos de la propaganda de voluntad consensuadora de los últimos años del régimen franquista transmutados a la atalaya-fortaleza poshistórica en forma de un relativismo, en apariencia, alejado de la política. Por lo tanto, se puede afirmar que no ha resultado dificultosa la adaptación del revisionismo español *avant la lettre* en el reinado finisecular del pensamiento débil y de la mercantilización del pasado. Precizando un poco más, nuestro argumento sería que nos encontramos frente a una interpretación *light* de la Historia de la segunda mitad del siglo XX, que pretende exhibir como carta de presentación un carácter abierto, neutral y conciliador, cuando, en el fondo, además de camuflar una falsificación del pasado inmediato, constituye una socavación de la conciencia sobre la cual se edifica el espíritu democrático de este país diverso.

Lo que resulta más sorprendente es que, pese a la solvencia demostrada por multitud de trabajos de carácter histórico sobre la guerra civil y el franquismo, continúe persistiendo la versión del franquismo sociológico, ahora con dosis de una

²⁵ AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

hipotética sofisticación proporcionada por un cultivo cursilón de la nostalgia y el énfasis en promover un sentimentalismo, en teoría, destinado a luchar contra la amnesia, pero que, en realidad, despierta una mirada más emotiva que analítica del pasado²⁶. Un ejemplo bien complaciente de esta tendencia cultural lo tenemos en la serie televisiva *Cuéntame*. Ante un panorama no sólo cultural, sino también político, de estas características, en el que predomina esta apropiación “débil” del pasado en nombre de la consecución de una justicia equidistante, sobre todo por lo que se refiere a capítulos violentos como fueron la guerra, la revolución y la contrarrevolución entre 1936-1939 (o 1976), la Historia —respondiéndonos la pregunta que encabeza el título de este artículo— sí que, lamentablemente, continúa estando en pañales.

Si matizamos la respuesta, no se puede dejar de mencionar que este estado de casi desnudez no se debe a la falta de avances en el campo investigador, tanto en lo que respecta a la metodología empleada como a los resultados obtenidos, sino a las dificultades para trasladar unos progresos incontestables más allá de los círculos académicos y de un público especializado. Es decir, por más que, día a día, surgen trabajos de investigación que aportan una cantidad colosal de datos y una mejora interpretativa de aquel período, en cambio sigue siendo muy complicado desbancar en el marco de la esfera pública la versión “oficial” construida por los sectores reformistas del régimen dictatorial y sus epígonos. Es más, no olvidemos, como ya hemos adelantado unas líneas más arriba, que los guardianes del supuesto *juste milieu* se han reforzado en este cambio de siglo, gracias a un gobierno central presidido por la derecha acérrimamente españolista con aires modernizadores procedentes del Atlántico Norte. Aires, hay que decirlo, muy poco saludables en los últimos meses repletos de aventuras imperiales. Al mismo tiempo, debe tenerse en cuenta que la estrecha vigilancia se ha incrementado, en primer lugar, con el fin de contrarrestar el vigor científico de la historiografía reciente sobre la guerra y la dictadura que ha sido causa y consecuencia de un segundo fenómeno crucial: la explosión de una demanda de memoria sin precedentes en el Estado español que coincide, evidentemente, con un fenómeno más extendido este fin de siglo en el mundo occidental.

Es obvio que este control de la transmisión del pasado reciente del que venimos haciendo mención no se ejecuta a estas alturas mediante una censura a la antigua, fea y con malos modales. Sin embargo, las llamadas a la recuperación de la memoria histórica, a la lucha contra el olvido, han creado un campo propicio para el desarrollo de un conjunto de lugares comunes, políticamente muy correctos desde el punto de vista del pensamiento *mainstream* que domina el panorama cultural del Estado. Incluso conviene destacar que se ha puesto casi de moda hablar de estos temas en muchos cenáculos culturales y comunicacionales. En principio, este fenómeno puede parecer positivo en un país en el que la herencia del franquismo ha causado muchas lagunas en la memoria colectiva, especialmente en lo que se refiere a la represión brutal que fue la razón de ser de la dictadura. Con todo —siempre respecto al contexto social en general— lo que ha acabado imponiéndose, fruto de la mirada poshistórica y posheroica que prevalece en esta sociedad rica y autocomplaciente, es un tratamiento del pasado que oscila entre un interés morboso por los sucesos más truculentos de aquel período y el canto de las gestas de los

²⁶ MOLINERO, Carme, “Crónica sentimental y falsa memoria del franquismo”, *Historia del Presente*, 1, 2002, pp. 98-100.

resistentes antifascistas con un cariz casi legendario. Es decir, como si aquellos hombres y mujeres se hubieran movido por un impulso aventurero por encima de todo, que hoy en día ya no tendría razón de ser en un mundo en el que cualquier movimiento con voluntad emancipadora o cuestionadora del orden vigente se tacha de simulacro y de anacronismo. En efecto, estas visiones de la Historia facilitan el aumento de los índices de lo que actualmente se denomina consumo cultural —que no es lo mismo que democratizar el acceso a la cultura— pero ¿realmente contribuyen a potenciar una comprensión —que significa mucho más que un conocimiento de anécdotas— de los tiempos pasados? Con esta insistencia en calibrar la escabrosidad de la violencia de la guerra y de la represión, puede suceder que los intereses historiográficos acaben desviándose hacia temas espectaculares en perjuicio de categorías históricas verdaderamente explicativas como podrían ser las relaciones de clase o los orígenes del fascismo a la española, por poner dos ejemplos. El especialista en el nazismo Tim Mason señaló que la fijación en el racismo nazi, si bien por un lado avivaba la pasión por conocer el pasado, al mismo tiempo obstaculizaba el distanciamiento crítico tan necesario para alcanzar la clarividencia que debe ir asociada a toda investigación solvente²⁷. ¿No está pasando algo en parte comparable con la interpretación predominante en el ágora hispánica en torno a los últimos 70 años de Historia común de los diferentes pueblos del Estado español?

En la página 69 de la novela *Soldados de Salamina* el Cercas-narrador, que dice estar preparando un libro sobre Rafael Sánchez Mazas, asegura que se ha leído, además de mucha bibliografía específica acerca del escritor falangista, una gran cantidad de publicaciones centradas en la Falange, el fascismo, la guerra civil y la naturaleza equívoca y cambiante del régimen franquista. Por lo tanto, el lector puede albergar esperanzas de encontrar reflejado todo el esfuerzo intelectual del narrador en las páginas que siguen a esa afirmación. Es cierto que no se trata de un libro de Historia. Pero también lo es que el texto se presenta como una novela no ficcional y, si se tiene en cuenta la capacidad de metamorfosis del género novelístico, no constituiría un despropósito que el texto irradiase un aura de estudio histórico analítico que ha incorporado en su discurso los últimos hallazgos “científicos” concernientes al conflicto bélico y la larga tiranía. En contraste, a lo largo de la obra —no sucede, pensamos, lo mismo en la película de David Trueba en la que el uso que se hace de las imágenes documentales de época imposibilitan sacar cualquier conclusión benévola del aparato político de la dictadura— flota, pese a las ambivalencias a que nos acostumbra el narrador, la típica visión idealizada del falangismo primigenio, a saber, la canción demasiado escuchada y desentonada que vendría a decir que el programa “revolucionario” de la Falange prefranquista había sido tragado y adulterado por el pragmatismo conservador del franquismo. Actualmente, después de los avances que se han dado en el campo de la investigación histórica, ¿resulta legítimo continuar ofreciendo una imagen tan alejada de la realidad de los “camisas viejas”, aunque sea en un texto literario que se erige como posible vindicador de la memoria histórica? Naturalmente, no postulamos que el autor simpatice con los creyentes de la “revolución pendiente”. Constituye una evidencia su compromiso sinceramente democrático a medida que fluye la escritura de la novela. Lo que ocurre es que el novelista, a la hora de construir el relato cae prisionero del *Zeitgeist* poshistórico que hemos mencionado y se deja llevar por un universo repleto de juegos ambiguos que confeccionan una trama de carácter

²⁷ MASON, Tim, “Què se n’ha fet del feixisme?”, *Afers*, 25, 1996, pp. 475-484.

posmoderno en la que pretende introducir al lector. En conjunto, asistimos a un uso teóricamente imparcial de los referentes históricos al servicio de la construcción de una estructura compleja narrativamente hablando, aunque tenga un aire de sencillez a simple vista. Verdaderamente, es una lástima que una exhibición tan elevada de talento creativo tenga unas consecuencias, tras leer el texto, tan poco estimulantes.

En el calidoscopio posmoderno no hay lugar para las declaraciones categóricas ni las jerarquías derivadas de un estudio razonado y, por este motivo, no constituye una extrañeza que, tras la lectura de la novela, una de las conclusiones más extendidas popularmente sea que ni un bando era tan bueno (el republicano), ni el otro (el nacional) era tan malo. Otra vez, nos encontramos frente a la supuesta reconciliación nacional que, como sabemos, consistía en una manipulación histórica para sellar con el olvido la guerra civil. *Soldados de Salamina* no apuesta por el olvido. Al contrario, a un nivel popular ha abierto un gran interés por aquel pasado, pero lo ha hecho contribuyendo a una distorsión de la comprensión histórica al dar prioridad a la limadura de las asperezas de aquellos años convulsos por encima de la aclaración de los puntos más oscuros de las zonas de conflicto. Este enfoque se hace muy patente en la manera en que se construye la pieza que el Cercas-narrador considera esencial para completar el *puzzle* novelístico. En concreto, nos estamos refiriendo a la memoria antifascista encarnada en Antonio Miralles. Finalmente, parece ser que sería este personaje el que albergaría todas las virtudes de los verdaderos soldados de Salamina, a saber, la lucha contra la barbarie y por la conservación de la civilización democrática.

En efecto, Antonio (o Antoni) Miralles, combatiente republicano, atraído en otros tiempos por viejas utopías —muy poco especificadas por cierto—, exiliado en Francia para siempre, en las manos de Javier Cercas se convierte en el paradigma de la memoria de los vencidos. No obstante, el principal problema reside en que esta pretendida reivindicación de la memoria, como sostiene J.M. Lloró²⁸, conlleva una liquidación o, siendo más explícitos, una invitación a una nostalgia paralizante que no tiene otra dirección que el desencanto. A la vez, pensamos que también constituye una petrificación idealizada de aquella memoria. Con un uso abusivo de recursos muy propios de la épica romántica y del drama sentimental, sin olvidar una recreación excesiva de la ética del *loser* —que coincide claramente con el estado de ánimo del Cercas-narrador—, se sitúa al resistente antifascista en un paisaje que nos remite a un pasado glorioso de carácter absoluto, totalmente desvinculado del presente. Un paraje que, a pesar de las buenas intenciones, muestra y refleja muy pobremente la diversidad y la complejidad indisociables al combate contra el fascismo y el franquismo en particular. Tanto es así que se extrae una noción muy poco real del bando republicano. En este sentido, la figura de Miralles concebida como el estandarte de unos ideales sublimes y ahistóricos, sólo contribuye a acrecentar la mitificación acrítica de la contienda bélica. En ningún momento —ni en forma de ruido de fondo— tenemos noticias de las contradicciones y las luchas internas en que se vieron mezcladas las formaciones de la izquierda o, pongamos por caso, las discrepancias entre la Generalitat catalana y el gobierno de la República. En definitiva, los héroes y sus gestas formarían parte de un pasado percibido como un terreno mítico y ya no encajarían en nuestra época y nuestro modo de vida, ya que las motivaciones de sus conductas habrían desaparecido. No estaría de más que los lectores de *Soldados de Salamina*, si persisten en su interés por las intimidades de la

²⁸ LLURÓ, J.M., *op. cit.*

resistencia antifranquista, se acercasen al libro *El soldat de Pandora*, del historiador Ricard Vinyes²⁹. Un modelo magnífico de Historia narrativa, que no deja de lado el análisis, pese a que casi todas sus páginas rezuman una gran emotividad. En cambio, en el caso de *Soldados de Salamina*, la eficacia literaria que consigue Javier Cercas con este esquematismo emocional comporta, por el contrario, una deshistorización del antifascismo y una alabanza grandilocuente de un conjunto de valores, por otro lado muy característicos de la poshistoria o del fin de la Historia, como son la libertad y la democracia. Eso está muy bien, pero como nos advierte la experiencia pública, estos valores suelen ser asumidos por todo el espectro político sin prestar demasiada atención a su verdadero significado e, incluso, pueden ser adoptados por aquellos que no creen en ellos para acabar destruyéndolos. Basta recordar los métodos que utilizan algunos países del Primer mundo que pretenden exportar dosis de libertad duradera a países terceros.

El historiador francés Antoine Prost indica que la Historia se construye contra la memoria³⁰. Basa su argumentación en que el trabajo de los historiadores consiste en llevar a buen puerto la urdimbre de una estructura fundamentada en sucesos y datos contrastables, con el fin de llegar a la comprensión del pasado y la dotación al mismo de un sentido. La memoria, por la tanto, sería una cosa mucho más imprecisa y dependería de las inclemencias del paso del tiempo, las cuales le otorgarían un estado permanente de fragilidad. De esta manera, a través de esta inconsistencia se escurrirían y adquirirían aceptación popular las concepciones legendarias y mitológicas de los tiempos pretéritos. Si tenemos en cuenta esta perspectiva, la carencia más visible de *Soldados de Salamina* es que ha trascendido como una obra literaria con pretensiones de alcanzar una reparación de la memoria histórica. Algo muy difuso, sin duda, ya que en el relato real tan sólo se perciben pequeños indicios del combate contra la memoria. Nos hemos referido ya a los excesivos estereotipos y tópicos que pesan sobre el desarrollo del texto. En conclusión, pensamos que la mencionada reparación —para llevarse a cabo— hubiera acarreado una operación realizada desde la Historia o desde aquella escritura ficcional que incorpora, en el proceso creativo —al fin y al cabo, la novela se caracteriza por su transformismo— las formas y los métodos de la Historia. Cuando esto ocurre, las emociones ocupan un lugar complementario o, como máximo, paralelo a los contenidos históricos tratados sobre los cuales se edifica el relato. Esta afirmación no significa que propongamos una narrativa literaria exenta de sentimientos. La clave del asunto reside en la medida en que el sentimentalismo oscurece y simplifica el aprendizaje histórico que se puede extraer de la lectura. Por lo tanto, *Soldados de Salamina*, con todos sus méritos artísticos, que no son pocos, constituye una ocasión perdida para promover una comprensión más exacta del pasado reciente de este país, puesto que el relato, que es propuesto como no ficcional, se convierte, paradójicamente, en una agresión a la Historia. Esto sucede porque la mezcla del mundo imaginario con los acontecimientos fácticos comprobables no logra una intensificación de lo real, sino que aflora por doquier la artificiosidad, y el sentido histórico se pierde por el camino que nos lleva hasta el excesivamente romantizado personaje de Antonio Miralles³¹. Con el potencial creador de la literatura y la excelente base empírica aportada por las numerosas investigaciones históricas sobre el período y de la cual se podía haber servido con

²⁹ VINYES, Ricard, *El soldat de Pandora*, Barcelona, Proa, 1997.

³⁰ PROST, Antoine, *op. cit.* pp. 120-124.

³¹ MAILER, Norman, *El fantasma de Harlot*, *op. cit.*, p. 1221.

mayor rentabilidad el novelista, es una lástima que este “relato real” no haya contribuido a la divulgación de aquello que Paul Ricoeur denomina «el trabajo por una memoria justa»³². Resulta doloroso ver como una obra literaria ha colaborado en dejar en pañales a los progresos investigadores experimentados en estos últimos años en el campo de la Historia. Máxime si se tiene en cuenta la buena acogida de la que ha gozado la novela en el terreno de la comunicación social. Todo esto, mal que nos pese, no debe parecer insólito en estos tiempos mal definidos como poshistóricos, en los que tan bien se ensambla la mirada encorsetada del pasado reciente, prisionera de la sensiblería, el entretenimiento y la admiración por las proezas de unos héroes literaturizados y despoltizados.

Por último, un breve comentario con el fin de manifestar nuestra inquietud sobre un asunto que tiene cierta vinculación con *Soldados de Salamina*. En sintonía con la ola de banalización del pasado ha emergido a la superficie una visión de la guerra civil —por cierto bastante extendida entre creadores cinematográficos y escritores— que consiste en equipararla con el *western* norteamericano, entre otras cosas, por su atractivo romántico. Quienes sostienen esta opinión harían bien en recapacitar en torno a lo que ha significado el *western* como artefacto cultural en los Estados Unidos. Descontando unas pocas excepciones, que han sido suficientemente audaces para subvertir el propio género (pensemos por ejemplo en la película *Las puertas del cielo* de Michael Cimino), el *western* constituye —aparte de un gran negocio en la época clásica de Hollywood— una de las mayores idealizaciones y tergiversaciones que se hayan dado jamás en la interpretación del pasado de un país. Sin olvidar su eficacia contrastada en cuanto a la transmisión, a un nivel mundial, de unos valores de comportamiento caracterizados por el machismo, el racismo y un patriotismo trasnochado, que aún actualmente conforman el armazón de la imagen más tópica de los Estados Unidos. Conociendo estos antecedentes, pensamos que sería una verdadera lástima que, en nombre de un arte cada vez más cercano a la cultura del ocio, se acabara imponiendo en el ámbito de la creación artística y literaria semejante distorsión de la Historia reciente del Estado español. El arte —la buena literatura en este caso— que se lleva a cabo a partir del trabajo con materiales históricos, no como una diversión, sino para lograr una trascendencia social y moral en lo que se refiere a la visión de aquel pasado, no puede perder de vista que la Historia es, como afirma Fredric Jameson³³, lo que duele, repleta de deseos no cumplidos y limitaciones tanto individuales como colectivas. En *Soldados de Salamina*, pese a las insuficiencias que hemos señalado, se vislumbran, efectivamente, destellos de esta constatación.

³² DOSSE, François, “Le moment Ricoeur”, *L'Esprit*, 8-9, 2001, pp. 34-52.

³³ Citado por ANDERSON, Perry, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 106.